



Violencia y vida

La lucha por erradicar la violencia tiene que ser un capítulo de la lucha global por afirmar la vida. Si no es así, no sólo no logrará su objetivo sino que será una manifestación más de esa violencia que se pretende erradicar. Querer acabar con la violencia haciendo violencia es echar más leña al fuego de la violencia. El resultado no puede ser otro que avivarlo.

No se puede plantear el problema de la violencia desde el esquema del que cultiva con esmero su jardín y desde fuera le vienen a pisar las flores; es decir del que con un esfuerzo tenaz construye un mundo primoroso y los que no pertenecen a él lo asaltan para apropiarse de él y destruyen lo que encuentran a su paso. La noticia de que esto ha ocurrido a alguien próximo causa indignación, a la vez que un miedo tremendo de que le pueda pasar a uno. Esta repulsa exacerbada y este pánico cerval son malos consejos. De ellos sólo saldrá más violencia.

La madre de las violencias es la división entre yo y los míos, que con nuestro trabajo hemos construido a través de muchos años estas propiedades, y los otros, con los que no me une ningún lazo ni obligación, que, en vez de capacitarse, trabajar y construir su vida con autodisciplina y tenacidad, viven del asalto y el crimen, tienen sometidos a los suyos y vienen a nuestro mundo en busca de botín como tigres acechando a su presa. Desde este esquema la violencia es una amenaza externa que hay que conjurar aislando en lo posible nuestro mundo para que los otros no puedan acceder a él (muros, rejas, cámaras de TV, alcabalas, policías privados) y eliminando a esas lacras humanas que no tienen redención.

Este horizonte desconoce al otro, lo oprime, lo excluye, lo autoculpabiliza, lo demoniza y busca destruirlo y, después de ejercer una violencia tan sistemática y radical, pretende que la violencia es una amenaza externa. Desde esa ceguera culpable ¿puede construirse una convivencia pacífica?

Todas las nuevas alcaldías de la Región Central han tenido como objetivo deslastrarse de zonas pobres aledañas para invertir en sí mismas (en elevar su calidad de vida) los recursos que generan. Ese abandono sistemático de los pobres, además de la irracionalidad que supone desmembrar a la ciudad ¿no entraña una falta de solidaridad que es en sí violentísima? Menos de

la mitad de los auxilios otorgados a los bancos hubieran bastado para financiar todas las obras que necesitan todos los barrios del país, y se dieron a los bancos sin ninguna garantía y no se darán a los barrios, y lo que se presupueste para ellos irá a organismos intermedios clientelares que lo consumirán por el camino ¿No es esto una violencia descomunal? El desmantelamiento del Seguro Social, al que no contribuye ni el Estado ni la mayoría de los empresarios, al que sí sufragan los trabajadores, que sin embargo no reciben de él la atención debida ¿no es una violencia que significa la muerte lenta o rápida de muchos miles por enfermedades de pobres? El que los sindicatos y gremios impidan que el Estado funcione porque son los feudos de los partidos ¿no es una violencia incalculable? El que el Presidente se la pase proclamando a nivel hemisférico y mundial la lucha contra la corrupción y el líder de Convergencia obligue a enganchar a sus militantes en todas las dependencias del Estado ¿no es una violencia? Llenaríamos todas las páginas de la revista apuntando las violencias de los decentes, del orden que se siente amenazado por la violencia de los marginalizados. ¿Por qué no reconocer que la violencia no es un problema externo, que es un problema nuestro, que tenemos que dejar de hacer violencia para poder ayudar eficazmente a que otros no la hagan?

Tenemos que emprender un tratamiento integral del problema de la violencia. Y el primer paso es no extroyectarla. En un colegio se preguntó a los representantes qué habría que hacer con los que introducen armas y drogas y con las muchachas que quedan embarazadas. Unánimemente pidieron que se los expulsara. En la siguiente reunión la dirección repitió las mismas preguntas, pero agregando "si el indiciado es tu hijo o tu hija". Ningún grupo pidió la expulsión. Todos concluyeron que había que solucionar el problema y que tenían que ayudarse todos. Y en efecto, el problema se bajó a límites tolerables. Ello ocurrió cuando lo asumieron, cuando se hicieron cargo de él y cargaron con él solidariamente. No hay otra vía para el país.

La violencia tiende a convertir la vida en un drama ritualizado en el que cada quien es un personaje fijo y en el que sólo cabe la victoria o la muerte. Así la violencia se perpetúa. Sólo se alumbra un camino hacia la vida si en este ho-

rizonte despersonalizado yo me considero una persona y no un personaje y considero también personas a las diversas clases de violentos y a todos los demás, y desde este horizonte renovado y abierto que instauró renuncio a cultivar sentimientos, juicios y acciones reactivos y voy tendiendo caminos y puentes.

Gracias a Dios en nuestro país también se está dando ese milagro. Hay familiares de personas asesinadas (tanto por malandros como por los cuerpos de seguridad y defensa) que han convertido ese dolor insondable en principio de vida, esa desaparición dolorosísima en punto de encuentro, ese silenciamiento de su familiares en toma de la palabra, esa pasión en acción transida de fortaleza y constancia, esa injusticia irremediable en búsqueda indomable de una justicia recreadora.

Estas personas del pueblo, sin armas, sin aparatos institucionales que los protejan, sin hábitos arraigados de hacer valer sus derechos, estas personas, al parecer las más débiles y desabrigadas, al recibir ese golpe seco del asesinato de ese familiar, sorprendentemente han sacado fuerzas de flaqueza y están empezando una existencia nueva. Están viviendo en libertad. Con sobresaltos, con desánimos... pero sobreponiéndose y experimentando en sí unas energías y capacidades desconocidas hasta ahora.

Estas personas que se han hecho cargo en carne propia de lo que es la violencia y que han cargado con ella para erradicarla pueden hablar responsablemente sobre cómo superar la violencia. También pueden hablar otros vecinos suyos o personas de otras clases sociales, que han escuchado este clamor, que han sido convocados por estas voces y han puesto algo o mucho de sus personas en este trabajo de hacer la paz. Estas personas saben lo que es el amor de justicia. Y sólo desde él cabe edificar una paz dinámica y estable.

No lucha por afirmar la vida quien lucha por afirmar su vida prescindiendo de los demás. Ese lucha por la muerte. Prescindir de los demás es hacerles violencia, es borrarlos del corazón, es asesinarlos. Porque como seres humanos somos originariamente respectivos, estamos vertidos unos en otros. Quien se niega a amar, no sólo hace injusticia y violencia a los demás sino que seca en sí mismo la fuente de la vida (1Jn 3,14-18). Hay un amor cara a cara; pero también hay un amor impersonal, que es tan importante como aquél porque es el que hace posible la existencia de lo que se tiene en común y constituye el cuerpo social, y en esa tarea tan constructiva se edifica también uno mismo como

persona, no menos que con el otro tipo de amor. Recluirse en el cara a cara de las personas elegidas por mí, despersonaliza al resto, pero también despersonaliza esas relaciones íntimas.

Pensar la vida como una victoria sobre los demás competidores y como un disfrute privado es pensar en una vida violenta. Si queremos en verdad superar la violencia tenemos que idear otro horizonte en el que la competencia se conjugue con la solidaridad y el disfrute privado con la alegría de poner en común. Y desde ese horizonte más abierto y complejo tenemos que ir transformando lo que existe con sus diversas clases de violencia. Pero es imprescindible tomar en cuenta que es una sola matriz con diversas variables interconectadas.

Por eso hay que afrontar a la vez el problema de las prestaciones para dinamizar los sueldos y las inversiones; el de la seguridad social para que, teniendo realmente asegurada la enfermedad y vejez, los trabajadores puedan entregarse a un presente dinámico que incluye la capacitación y la productividad; el de los sindicatos y gremios para que siendo realmente de base puedan defender los auténticos intereses de sus afiliados desde una autoexigencia y así participar responsablemente de la obra común; el de la administración del Estado para que, logrando consistencia frente a los partidos y el gobierno, pueda volcarse a la sociedad civil en base a un servicio eficiente; el de la rehabilitación de los barrios y dotación de servicios de pueblos y cárceles para que con el esfuerzo conjunto de sus habitantes, del Estado y la sociedad civil se alcancen unas condiciones mínimas de habitabilidad, autoestima y capacidad de gerencia que hagan posible un desempeño productivo y dinámico; el de la erradicación del imperio de los distribuidores de droga que campean con absoluta impunidad; el de la rehabilitación de los cuerpos policiales y el poder judicial para que ellos no sean parte principal del problema sino principio de solución; el del apresamiento de los jefes de banda y azotes de barrio, que son poquísimos y conocidos por todos, y su envío a centros de rehabilitamiento en ambiente adecuado y con personal capacitado.

Pretender resolver el problema de la violencia sin soltar todo ese nudo sólo producirá más violencia. Tenemos que convencernos de que podemos acometer todos esos problemas a la vez. Más aún, tenemos que persuadirnos que sólo si los encaramos a la vez podrán irse resolviendo cada uno, porque están realmente interconectados. Pero para eso tenemos que aceptar que todos, unos más que otros, tenemos que pagar un precio.